

# Policrisis, transición energética corporativa y narrativas en pugna. Una mirada desde Argentina y América Latina

**Maristella Svampa**

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)

maristellavampa@gmail.com

**Por Sofía Carolina Govetto y Melanie Lutmila Pedraza**

(editoras transcriptoras)

¿Cómo citar este artículo en Norma APA 7ma Edición? Svampa, Maristella (2025). *Policrisis, transición energética corporativa y narrativas en pugna. Una mirada desde Argentina y América Latina*. En Sofía Carolina Govetto y Melanie Lutmila Pedraza (editoras transcriptoras). Revista Pluriversos de la Comunicación, 3(3), 8-25. Universidad Nacional de Salta.

Recepción: 31/03//2025. Aceptación: 30/06/2025

En el marco de la ceremonia de otorgamiento del título de Doctora Honoris Causa por parte de la Universidad Nacional de Salta, tenemos el honor de presentar a Maristella Svampa, una de las voces más destacadas del pensamiento crítico latinoamericano contemporáneo.

Nacida en Allen, Río Negro, en 1961, Svampa es socióloga, Investigadora Superior del CONICET y fue Profesora Titular de la Universidad Nacional de La Plata. Su trayectoria académica y activista se ha centrado en el análisis de la crisis socioecológica, los movimientos sociales y las transiciones ecosociales. Autora de obras fundamentales como *El colapso ecológico ya llegó* y *La transición energética en la Argentina*, Svampa ha contribuido con categorías y perspectivas innovadoras para pensar los desafíos ambientales, sociales y democráticos de nuestra región.

Reconocida con premios de prestigio internacional, como la Beca Guggenheim y el Premio Kónex de Platino en Sociología, su trabajo articula el rigor teórico con un compromiso político profundo en favor de la justicia ambiental, los derechos de los pueblos y la construcción de alternativas al (mal)desarrollo.

Hoy, en esta ocasión especial, nos invita a reflexionar sobre “Policrisis, transición energética corporativa y narrativas en pugna. Una mirada desde Argentina y América Latina”, en una lección magistral que, sin dudas, constituye un aporte imprescindible para comprender los desafíos de nuestro tiempo.

## **Discurso de agradecimiento en el marco de la ceremonia entrega de título Doctora Honoris Causa de la Universidad Nacional de Salta - Dra. Maristella Svampa**

Buenas tardes a todos y a todas, la verdad que estoy muy emocionada y agradecida con quienes promovieron esto: INENCO, la Facultad de Humanidades y la Universidad Nacional de Salta. Me enorgullezco de recibir este reconocimiento de una Universidad Pública, de aquí, de la Argentina, del norte argentino, que he visitado en mis investigaciones.

Viendo a los jóvenes que están acá en las primeras filas pensaba que fue hace casi 20 años, que diferentes científicos sociales

decidimos asumir un compromiso mayor que de alguna manera significaba asumir la necesidad de transitar otros mundos, incorporar otras reflexividades y abandonar el lugar cómodo del academicismo al cual nos habían acostumbrado. Ese lugar de compromiso social fue para mí un punto de reflexión y muy asociado a la crisis del 2001. Y fue en ese momento que yo inicié una de mis investigaciones más señeras que fue sobre esa Argentina que emergía ante la descomposición social, buscando renovar el tejido solidario. Y lo encontré en diferentes puntos de la Argentina y uno de ellos fue en Salta. Aquí visité General Mosconi, visité Tartagal, pero sobre todo fue en General Mosconi, en esas viejas comunidades ypefianas que habían sido atacadas por el neoliberalismo de los años 90, encontré solidaridad, encontré cultura del trabajo, encontré también liderazgos nobles como el de Pepino Fernández, de la UTD, la Unión de Trabajadores Desocupados, que hoy está enfermo de diabetes.

Fue en esa época en que empecé a reflexionar sobre el rol anfibio de nuestras investigaciones y también a defender la Universidad Pública y el legado crítico asociado a ella, el que apunta investigaciones independientes de todo tipo de poder, sea del poder económico, del poder político o del poder religioso. Necesitamos efectivamente construir una Universidad independiente de los distintos tipos de poderes, una universidad que asegure el acceso a toda la población, algo que, sin duda, hoy en día, bajo este gobierno, está en riesgo.

Y quiero terminar esto, que no es más que el prolegómeno de la charla que voy a dar después, reafirmando la necesidad de recuperar estos valores que hoy en día están siendo atacados, esos consensos básicos que creíamos consolidados en nuestra sociedad, vinculados con la defensa de derechos humanos, los derechos ambientales, los derechos de los pueblos originarios, los derechos sociales, los derechos de las mujeres, los derechos de las diversidades. Todos esos derechos que hoy están siendo atacados de manera tan radical, con un enorme desprecio por valores como la solidaridad, la cooperación, la igualdad, la justicia social. Debemos recuperar todo eso, porque, efectivamente, lo que hoy está en juego es nada más y nada menos que la democracia que hemos venido construyendo desde 1983 en adelante. Y lo que está en juego es también la reproducción y sostenimiento de la vida. Y quiero recordar, entonces, para terminar, la visión que nos legó una bióloga marginada en su época, Lynn

Margulis, que recordaba que la base del origen de la vida y de la regeneración de la vida está en la cooperación, que ella analizó en los microorganismos. La cooperación y la solidaridad es la base del reconocimiento de la sociedad, que hoy está en peligro precisamente ante el avance de políticas reaccionarias y antidemocráticas. No nos olvidemos que la cooperación está en la base también de esos movimientos sociales que desde abajo atraviesan nuestra Argentina y también la cooperación es el reservorio de nuestras Universidades Públicas.

Muchas gracias, nuevamente, a las autoridades. Gracias por este reconocimiento. Me voy con mucha, mucha emoción. No lo esperaba, debo decir. Y, bueno, la verdad que es sumamente grato y quiero también compartirlo con todos ustedes. Muchas gracias.

### ***Lección Magistral: Conferencia de la Dra. Maristella Svampa***

Uno de los temas sobre los que he venido reflexionando en los últimos tiempos tiene que ver con la policrisis y las narrativas en disputa que giran en torno a ella. Las visiones que se construyen en relación con la transición ecosocial —en caso de que algunos efectivamente la estén pensando— se encuentran claramente en tensión.

Quiero señalar, antes que nada —y esto lo veremos con más claridad en la tercera parte de esta exposición— que mi trabajo es colectivo, no individual. Desde hace muchos años formo parte de equipos interdisciplinarios, especialmente desde que comencé a abordar los conflictos socioambientales y su vínculo con los modelos de desarrollo. Este recorrido abrió la posibilidad de pensar la crisis ambiental y los diagnósticos que se elaboran al respecto. Se trata de un trabajo inter y transdisciplinario que me llevó a dialogar no solo con otras disciplinas de las ciencias sociales y humanas, sino también con numerosos artistas y con las ciencias de la Tierra, que aportan una mirada fundamental sobre las distintas dimensiones de esta crisis.

En esa línea, quisiera estructurar mi intervención en tres momentos sucesivos. En primer lugar, presentaré algunos conceptos marco a partir de los cuales interpreto la policrisis y las principales narrativas que intentan diagnosticarla. En segundo

término, me detendré en el debate sobre la transición, no solo energética, sino también ecosocial en sentido amplio. En este punto, mis escritos, que son también fruto del trabajo colectivo, dialogan sin duda con los del INENCO. Finalmente, en tercer lugar, compartiré algunas propuestas alternativas y plantearé desde qué lugar colectivo pensamos esas alternativas desde América Latina y, particularmente, desde Argentina.

Para comenzar, debemos hablar de la policrisis civilizatoria. La pandemia fue, sin duda, una coyuntura extraordinaria que abrió la puerta a pensar cuestiones como la desigualdad, así como la relación entre la pandemia de COVID-19 y la crisis ambiental. A partir de allí, se abrió una discusión sobre el modelo civilizatorio y sobre posibles escenarios de transición ecosocial. En ese marco, numerosos activistas, políticos y científicos se atrevieron a proponer diversas estrategias globales de transición. Pensamos entonces que se abría una oportunidad. Sin embargo, la pandemia terminó de la peor manera: pasamos de una coyuntura extraordinaria a una policrisis civilizatoria.

Esta policrisis no consiste en una mera suma de crisis, sino en un entramado de factores críticos profundamente interrelacionados, que pueden potenciarse mutuamente y escalar hasta configurar escenarios de gran incertidumbre y peligro para la civilización y la vida en el planeta.

En este entramado se inscribe, por supuesto, la aceleración de la crisis climática, pero no es el único componente. También debemos considerar el crecimiento de las desigualdades y la concentración de la riqueza, fenómenos que, desde la crisis financiera de 2008, no han hecho más que agravarse, especialmente tras la pandemia. Como dice Rita Segato, vivimos en un “mundo de dueños”, un mundo de superricos, donde el apetito por concentrar cada vez más riqueza parece inagotable, en contraste con el aumento de la pobreza global.

Nos encontramos en un momento de intensificación del metabolismo social del capital. Este modelo de consumo, consolidado con la globalización neoliberal de los años noventa, ha incrementado su presión sobre los territorios y los bienes comunes para satisfacer la demanda de los países y sectores más ricos. Este proceso va acompañado de una creciente criminalización de las poblaciones que se oponen a él.

Estamos, entonces, ante una expansión del neoextractivismo, ligada al modelo de consumo impuesto por la globalización neoliberal. Vivimos en tiempos de Antropoceno o de Capitaloceno. Personalmente, no suelo decidirme por uno u otro término, ya que, aunque se hable de Antropoceno, es en realidad la lógica del capital, cada vez más concentrado y excluyente, la que nos ha conducido a esta situación de colapso civilizatorio. No tengo dudas de que, al hablar de crisis ambiental y ecológica, debemos referirnos a la actividad humana, vinculada directamente con la dinámica del capitalismo.

También asistimos a una exacerbación de los conflictos bélicos, a lo que podríamos llamar una cultura de la guerra. Esta se ha intensificado en los últimos años, no solo con la guerra en Ucrania, sino también con el genocidio en Gaza, profundizando la crisis de las democracias occidentales.

A ello se suma la expansión de las nuevas derechas o derechas radicales, que buscan erosionar los regímenes democráticos. La contracara de este proceso es la consolidación de gobiernos autoritarios, la pérdida de derechos y la destrucción de la democracia misma.

Como suelo decir, las sociedades no solo colapsan porque enfrentan problemas ambientales insuperables, sino también por razones políticas de peso vinculadas a la crisis democrática. Esta es, en suma, la policrisis civilizatoria que atravesamos, un escenario que podríamos calificar como de tormenta perfecta, desde el cual resulta difícil vislumbrar soluciones lineales.

Vivimos en una época de colapsos climáticos localizados. Las fronteras planetarias contra las que estamos chocando se manifiestan mediante eventos extremos cada vez más frecuentes: sequías, inundaciones, olas de calor o frío, y mega incendios, entre otros. Estos ilustran lo que denomino colapsos climáticos localizados, que no significan el fin del mundo, pero sí un incremento de eventos extremos que no podemos controlar y ante los cuales no desarrollamos políticas públicas adecuadas de adaptación.

Nos acercamos peligrosamente a las fronteras planetarias. La imagen que presento aquí muestra la Amazonía en llamas. Hace apenas cuatro o cinco meses, los incendios eran pocos, pero uno de ellos alcanzó incluso a las principales capitales sud-

americanas. Se dice que desde Cusco se podía ver y oler el humo. También hubo incendios en Hawái, que destruyeron por completo una isla paradisíaca destinada al turismo; o en Acapulco, donde un tornado devastó gran parte de la ciudad. Una colega mexicana me mostraba imágenes de los departamentos de sus familiares totalmente destruidos.

Otros ejemplos de colapso localizado son las inundaciones en Río Grande do Sul, que afectaron no solo a una de las ciudades más ricas de Brasil, sino a toda una región. Se trató de una sucesión de inundaciones que, si bien podían preverse, no se evitaron. Porto Alegre, ciudad que alguna vez fue modelo de presupuesto participativo, hoy es gobernada por una derecha radical que dismanteló las políticas urbanas y ambientales, generando condiciones para que ocurrieran estos desastres. Bahía Blanca, más recientemente, fue prácticamente arrasada por lluvias en menos de un día. Vimos imágenes de la Universidad Nacional del Sur totalmente inundada y vehículos flotando en las aguas.

Tampoco puedo dejar de mencionar la crecida del Pilcomayo, que afectó a Salta hace menos de una semana, impactando particularmente a comunidades vulnerables, entre ellas pueblos originarios que quedaron aislados, sin electricidad ni asistencia, en una situación dramática, que se acentuó por la precariedad previa. Si no tomamos conciencia de la urgente necesidad de implementar políticas públicas de adaptación, estos eventos se multiplicarán, generando más muertes, más dolor y vidas dañadas.

Ahora bien, hablar de Antropoceno no implica referirse únicamente a la crisis ecológica o climática. También debemos considerar la deuda ecológica, es decir, la relación histórica y geopolítica entre el Norte y el Sur global. América Latina ha sido históricamente una tierra de expoliación, desde la época del Potosí hasta el presente. Existe una deuda acumulada del Norte industrial con nuestros pueblos, que siguen siendo proveedores de materias primas y zonas de sacrificio en nombre del desarrollo ajeno.

Esta asimetría hace que los conflictos ambientales se distribuyan de forma profundamente desigual. La mayor parte ocurre en el Sur, como consecuencia directa del extractivismo y la destrucción de ecosistemas. Estados Unidos, Europa —y hoy también China, gran hegemon emergente—, junto con las grandes

corporaciones fósiles, que extraen petróleo y gas, son los grandes responsables de la crisis climática actual. Aunque la deuda ecológica y la crisis climática no son lo mismo, ambas se agravan mutuamente.

La principal fuente de emisión de gases de efecto invernadero son los combustibles fósiles, pero también hay que incluir los cambios en el uso del suelo, la deforestación y el avance de la frontera agropecuaria. En Salta, por ejemplo, una de las provincias más deforestadas de Argentina, esta realidad es bien conocida.

El Antropoceno exige además una lectura en términos de clases sociales. No debemos olvidar que los sectores más ricos son quienes más contaminan. Las cifras que proporciona Oxfam son estremecedoras: el 10 % más rico del planeta emite el 50 % de los gases de efecto invernadero, mientras que el 50 % más pobre solo genera el 10 %. Dentro de ese 10 % más rico, el 1 % —el club de los superricos— emite cuatro veces más que el 9 % restante. Esta tendencia no solo persiste, sino que se acentúa. De 2023 a 2024, las emisiones de los sectores más ricos aumentaron.

Lo que quiero subrayar es que no se puede pensar en una transición ecosocial justa para el Sur global sin considerar la dimensión geopolítica de la deuda ecológica, pero también sin abordar la cuestión de las desigualdades sociales. No es posible avanzar hacia una transición justa sin redistribución. Debemos pensar la justicia ambiental y la justicia social de forma articulada, especialmente desde el Sur global.

En esta línea, identifico al menos cuatro narrativas distintas que intentan diagnosticar la crisis actual y, a partir de allí, proyectar escenarios de futuro. La primera de ellas es la narrativa distópica, que podríamos asociar a una cultura de la resignación. Esta narrativa parte de la idea de que todo está perdido, que el colapso es inevitable, que ya es demasiado tarde, o que la acción colectiva no tiene sentido. Es un discurso derrotista, paralizante, que inhibe tanto la acción como la imaginación política que requerimos o que necesitamos en este momento de policrisis civilizatoria.

A su vez, encontramos dos narrativas dominantes, con actores políticos claramente identificables. La primera es la narrativa capitalista-tecnocrática, presente desde hace varias décadas. Esta narrativa ha liderado las discusiones internacionales en



torno al desarrollo sostenible y la crisis ambiental. Propone soluciones técnicas que, en nombre del capitalismo verde o la economía verde, buscan salvar el capitalismo mediante más capitalismo. No se cuestiona el crecimiento económico ni la falla estructural que hay en nuestra concepción de la naturaleza.

La otra narrativa dominante es la que llamo pan-capitalista del fin, propia de las extremas derechas. Se trata de narrativas reaccionarias, negacionistas, que niegan o minimizan el cambio climático, alegando que siempre existieron variaciones climáticas. Su discurso diluye la gravedad actual, desconociendo que hoy hablamos de una crisis provocada por actividades humanas con raíces económicas, asociadas a la matriz del capitalismo. Estas derechas no solo niegan el cambio climático, sino que proponen exacerbar aún más la explotación de bienes naturales. No en vano, los gobernadores de las distintas provincias en Argentina se han subido a la ola libertaria que promueve el Régimen de Incentivo a las Grandes Inversiones (RIGI) y que impulsa el gobierno de Javier Milei, que implica una destrucción masiva de nuestros bienes comunes. Esas narrativas son cada vez más importantes hoy en día en la medida que las extremas derechas se han convertido en una alternativa de poder global.

Frente a estas tres narrativas, se posiciona una cuarta: la narrativa relacional contrahegemónica, fuertemente ligada a la historia de las resistencias en América Latina. Esta narrativa se construye a partir de experiencias locales, comunitarias y de movimientos territoriales, y se articula también con propuestas globales que promueven una transición justa. Si bien es una narrativa marginal, ha ido ganando terreno a partir del cruce entre tres líneas de fuerza: el discurso ecológico, el saber comunitario de los pueblos originarios y los feminismos. En nuestra región, la creatividad de los movimientos sociales ha sido clave para acuñar categorías que abren escenarios alternativos. Estas expresan lo que llamo un giro ecoterritorial, que se manifiesta con especial fuerza en los últimos veinte años. Categorías como las de Buen Vivir, Derechos de la Naturaleza, Sociedad de los cuidados, Soberanía energética, cuerpo-tierra-territorio, transición justa y popular, con conceptos-horizonte elaborados en el marco del pensamiento crítico latinoamericano, en diálogo constante con las luchas sociales.

Dentro de los movimientos eco-territoriales, debemos conside-



rar aquellos que se han alzado contra el neoextractivismo. Estos defienden el agua, el territorio y la vida, enfrentando distintas formas de extractivismo, como el urbano, concepto trabajado por mi colega Enrique Viale. El extractivismo urbano no solo convierte a las ciudades en mercancías —donde los inmuebles se transforman en commodities—, sino que también desplaza poblaciones, destruye ecosistemas periféricos y arrasa con la naturaleza.

Más recientemente han surgido movimientos que resisten al extractivismo verde, es decir, aquel que se presenta bajo el discurso de la transición energética, como si fuese intrínsecamente bueno e incuestionable. Estos proyectos se justifican en nombre de la transición, pero implican nuevas formas de explotación. Frente a ello, es fundamental discutir qué entendemos por transición energética y de modo más amplio, transición ecosocial.

Discutir la transición ecosocial implica adoptar una visión holística que articule lo social y lo ecológico. No basta con incorporar expertos ambientales a los equipos de gobierno. Es necesario un cambio paradigmático, donde la economía se subordine a la naturaleza, y no al revés. Lo que está en juego es la continuidad de la vida en un planeta ya dañado. No se trata de dejar todo en manos del mercado o de las grandes corporaciones, sino de debatir colectivamente qué futuro queremos construir.

Habiendo roto el pacto intergeneracional, debemos pensar cómo transformar este planeta dañado en uno habitable. Como dice Bruno Latour, hay que repensar las condiciones de habitabilidad de la Tierra. La transición ecosocial, desde esta perspectiva sistémica, debe abordarse en todas sus dimensiones: productiva, hídrica, urbana, cultural y energética. Esto supone revisar también el régimen de producción y las relaciones sociales que lo sostienen.

En última instancia, el Antropoceno o Capitaloceno nos obliga a cambiar nuestra relación con la naturaleza. Esta relación, que ha sido históricamente instrumental y economicista, debe transformarse en una relación de interdependencia. Para ello, se requieren cambios profundos, no solo en las relaciones sociales, sino también en nuestras estructuras cognitivas y subjetividades.

Por otro lado, discutir la transición energética no significa única-

mente reemplazar los combustibles fósiles por fuentes renovables. Significa cuestionar el sistema de relaciones sociales que sustenta el régimen fósil, un sistema concentrado, injusto, que genera pobreza energética en nuestras sociedades periféricas. No se trata solo de cambiar fuentes de energía, sino de revisar integralmente el régimen socioecológico.

La energía debe ser concebida como un derecho humano, como un bien común renovable y sostenible. Uno de los integrantes del INENCO trabaja justamente esta idea. Pensar la energía como derecho implica replantear también nuestras concepciones de democracia, y nos obliga a vincular la transición ecosocial con la lucha contra la desigualdad. La redistribución debe estar en el centro de este proceso, que no es otra cosa que el camino hacia una sociedad diferente.

Para ello, debemos considerar que los países más ricos deben decrecer. Cuando hablamos de decrecimiento, nos referimos a que estos países, así como los sectores más privilegiados, deben reducir su consumo de materias primas y energía. Este no es un proceso que pueda dejarse en manos del mercado, que tiende a favorecer a los sectores más ricos y concentrados. Lo vemos claramente en la actualidad argentina.

En esta línea, desde el Equipo Transiciones<sup>1</sup>, un equipo de equipos que articula académicos críticos y activistas, proponemos asentar las bases de un Estado ecosocial. Tal como lo plantea el economista Rubén Lo Vuolo, este tipo de Estado debe asumir no solo los desafíos sociales, sino también los ambientales, y ser guía para transformar la sociedad y adaptarnos a la crisis climática, así como para impulsar una agenda de transición ecosocial.

Un Estado ecosocial requiere, como condición fundamental, una reforma fiscal que grave a los sectores más ricos. Se necesita una reforma de gran envergadura para financiar adecuadamente la transición ecosocial. En contra de lo que se pregona hoy en Argentina, la solución no pasa por menos Estado, sino por más Estado, pero no cualquier Estado: se necesita un Estado ecosocial que incorpore las fronteras planetarias en el diseño de las actividades económicas y las políticas públicas.

Este es el marco conceptual que orienta la investigación colectiva que venimos realizando sobre la transición ecosocial desde el Equipo Transiciones. En ella elaboramos una serie de definiciones básicas para entablar un debate que, en su núcleo, es también

1. El Equipo Transiciones un grupo diverso nacido en 2023 que incluye el Pacto Ecosocial e Intercultural del Sur (capítulo argentino), el Colectivo de Acción por la Justicia Ecosocial (CAJE) y Asociación de Abogades Ambientalistas de Argentina, el Grupo de estudios en Geopolítica y Bienes Comunes (GYBC), el Taller Ecologista, Trama Tierra, Observatorio Petrolero Sur (OPSUR), el Instituto de Salud Socioambiental (INSSA), el Centro de Documentación e Investigación de la cultura de Izquierdas (CeDInCI), el Centro Interdisciplinario para el estudio de Políticas Públicas (CIEPP), la Fundación Rosa Luxemburgo (FRL-oficina Cono Sur), la Asociación Argentino-Uruguaya de Economía Ecológica (ASAUEE), el Grupo de Investigación sobre Economía Ambiente y Sociedad (GEEAS), y diferentes especialistas que hacen parte de redes de investigaciones y experiencias colectivas. Ver más en <https://aadeaa.org/equipotransiciones/>

una disputa geopolítica, particularmente en lo que respecta a la transición energética, que actualmente ocupa un lugar destacado en la agenda global.

La Unión Europea es, en este sentido, un escenario privilegiado para observar cómo se debate la transición energética. China, por su carácter autoritario, mantiene una política opaca; Estados Unidos, centrado en sí mismo, nos ve como un patio trasero. Europa, aunque también nos percibe como una cantera inagotable de recursos, ha mantenido una política de debate público que permite, al menos hasta 2025, ver las cartas con las cuales juega.

Hace dos años, como parte del Pacto Ecosocial e Intercultural del Sur<sup>2</sup> —colectivo que luego explicaré—, viajamos a Europa con una delegación integrada también por representantes de África, con el objetivo de debatir la transición energética con partidos políticos progresistas, de izquierda, socialdemócratas y verdes.

Nuestra llegada al Parlamento Europeo en Bruselas coincidió con la discusión de la ley de materias primas críticas. Europa, que no posee muchas de estas materias primas, identificó treinta y cuatro esenciales para la transición energética y digital, todas concentradas en el Sur global y China. La ley apenas hacía referencia a los derechos humanos o al derecho a la consulta previa.

En una experiencia particular, fui invitada por la Agencia Nacional de Desarrollo de Francia a debatir sobre las materias primas. Me tocó confrontar con un funcionario francés que ocupaba un cargo en el área de transición energética, que hablaba con un innegable tufillo neocolonial sobre la "diplomacia de los metales". Reconocía, además, que Francia llevaba décadas sin interesarse por América Latina, hasta que descubrió que no solo el litio, sino otros minerales esenciales para la transición energética y digital, se encuentran en América Latina.

En este contexto, América Latina se revela como una región estratégica por sus reservas de litio. Salta, por ejemplo, forma parte del llamado "triángulo del litio", junto con Jujuy y Catamarca, y también se han encontrado reservas en México y Perú. Los salares, ecosistemas extremadamente frágiles ubicados en zonas áridas con escasez de agua, son el hábitat de muchas comunidades indígenas vulnerables.

Las grandes corporaciones intervienen en estos territorios dividiendo a las comunidades, enfrentando generaciones en una

2. Para más información, ver sitio web en <https://pactoecosocialdelsur.com/>

misma familia, ofreciendo compensaciones económicas bajo el nombre de “responsabilidad social empresarial”. Y aunque las resistencias han sido firmes, la embestida es tal, que estas han generado divisiones, en un contexto de consultas muy opacas y tramposas a las comunidades. En Salinas Grandes, por ejemplo, desde 2010 las comunidades vienen rechazando la extracción de litio. A pesar de ello, el avance de los proyectos extractivos se ha acelerado con el nuevo Régimen de Incentivo a las Grandes Inversiones (RIGI).

El caso del litio es paradigmático porque evidencia claramente el tipo de transición en curso: una transición corporativa, que responde a los intereses del mercado y de las grandes empresas. Como plantea Pablo Bertinat, ingeniero en energías renovables, esta transición está dominada por actores privados y por Estados que adoptan esa lógica de mercado para posicionarse estratégicamente en la disputa por los minerales críticos.

Esta transición es, además, neocolonial. El litio extraído en el Sur se exporta en forma de carbonato a los países del Norte o a China. La cadena de valor del litio está altamente concentrada en pocas manos, replicando la lógica del régimen fósil. A esto se suma un tercer componente: la insustentabilidad de la transición, del cual hablaré más adelante.

Otra promesa que circula en este contexto es la del hidrógeno verde, impulsada con fuerza por Alemania. Este país ha desarrollado una intensa política de lobby en el marco del Pacto Verde Europeo, promoviendo inversiones en esta tecnología aún no comprobada a gran escala. Estuve hace dos semanas en Tierra del Fuego, donde se promueven proyectos de hidrógeno verde, incluso con participación del partido verde alemán.

El hidrógeno verde requiere grandes cantidades de agua, y cuando no hay agua dulce disponible, se recurre a la desalinización, un proceso costoso y altamente demandante de energía. Esta energía, para ser considerada renovable, debe provenir de paneles solares o turbinas eólicas. Estamos, por lo tanto, frente a un modelo que proyecta grandes parques solares y eólicos para alimentar una industria destinada a la exportación, sin discutir sus impactos ni su sentido estratégico desde el Sur global.

Sin embargo, lo que observamos es que diversos gobiernos de la región están compitiendo entre sí —Colombia, Chile, Uruguay, e

incluso Argentina— para atraer inversiones, ofreciendo todo tipo de beneficios sin garantías de concreción efectiva. Se calcula que hay unos 150 proyectos de hidrógeno verde en América Latina en distintas etapas, muchos de ellos sin viabilidad comprobada.

Un caso ilustrativo es también el de la madera de balsa, utilizada para fabricar las aspas de las turbinas eólicas. En nombre de la energía verde, se está deforestando parte de la Amazonía, especialmente en Ecuador, donde la extracción de esta madera ha provocado la división de comunidades y ha generado impactos sociales graves, como prostitución, trata y alcoholismo, similares a los que se observan en contextos de minería a cielo abierto. El 85 % de la madera de balsa extraída en estas condiciones es exportada a China, líder en la producción de tecnología para la transición energética.

Estamos, entonces, ante una paradoja: subvencionamos una transición energética que, en nombre de la descarbonización, consolida un modelo neocolonial. Incluso podríamos preguntarnos si realmente estamos ante una transición energética. Los conflictos bélicos recientes han reconfigurado el escenario energético global, colocando en primer plano el problema de la seguridad energética y expandiendo aún más la frontera de los fósiles.

Durante la guerra en Ucrania, Europa temió un "gran invierno" por falta de gas, especialmente en países del este y en Alemania. Fue en ese contexto que se cerró la discusión sobre el rechazo a la energía nuclear, apostando por ella, así como también al hidrógeno verde. Al mismo tiempo, en Alemania se reabrieron minas de carbón —como las de lignito, el carbón más contaminante—, y se subsidió el uso de combustibles fósiles. Recordemos la imagen de Greta Thunberg siendo arrastrada por la policía alemana durante una protesta contra estas minas, en pleno gobierno de coalición que incluía al Partido Verde.

Todo esto nos muestra una profunda esquizofrenia en las políticas del Norte global. Por un lado, se promueve una transición energética con severas limitaciones y contradicciones; por otro, se continúa subsidiando los combustibles fósiles y expandiendo la frontera energética mediante métodos altamente contaminantes como el fracking. Todo el gas que Estados Unidos exporta a Europa proviene del fracking, al igual que el gas y petróleo con epicentro en Vaca Muerta.

Junto a Breno Bringel, denominamos este fenómeno "el consen-

so de la descarbonización” (2023)<sup>3</sup>. Este consenso en construcción revela los límites de la transición que se está impulsando en el Norte global y pone en evidencia que, una vez más, el sacrificio recae sobre el Sur. El caso del litio lo ejemplifica de manera clara, aunque el del hidrógeno verde, por su novedad, también merece atención.

El problema con la minería de litio no es solo que sea altamente demandante de agua y tenga un fuerte impacto en los salares — humedales de altura frágiles—, sino también que representa una transición insustentable. No se cuestiona el perfil metabólico del sistema, es decir, sus patrones de extracción, consumo y generación de desechos. Peor aún, se lo reproduce y profundiza.

La transición energética que se está impulsando responde a una lógica de crecimiento económico sin fin. Se pretende reemplazar cada automóvil a combustión en Alemania o en Estados Unidos por uno eléctrico, sin cambiar el modelo de consumo ni el patrón de movilidad. Pero lo que deberíamos cambiar, justamente, es ese modelo de transporte basado en el auto individual, proponer otros modelos de movilidad pública y compartida, para que la transición sea sustentable.

Por eso, esta transición es —como suelo decir— una transición de patas cortas. Tiene límites muy claros, porque conlleva la exacerbación de la extracción de bienes naturales. En ese marco, no hay planeta que aguante. No habrá litio ni minerales críticos suficientes si no se cambia el modelo de consumo. Necesitamos, con urgencia, imaginar y construir otros horizontes de transición ecosocial.

Estos cuestionamientos nos han llevado a publicar distintos libros, en diversas lenguas, y a articularnos con colectivos del Norte de África, que están atravesando procesos similares, así como con organizaciones en la periferia de Europa, como en España y Portugal. América Latina es el patio trasero de Estados Unidos, del mismo modo que el norte de África lo es para Europa.

Frente a esta problemática compleja, se vuelve urgente cuestionar no solo los límites materiales de la transición energética, sino también su orientación política. Debemos preguntarnos: ¿para qué y para quién es esta transición? ¿Qué entendemos realmente por transición energética?

En América Latina tenemos desafíos inmensos. El imaginario ex-

3. Leer artículo completo en <https://globaldialogue.isa-sociology.org/articles/the-decarbonisation-consensus>

tractivista está profundamente arraigado, desde los tiempos de Potosí hasta la actualidad, y se vio potenciado por el boom de los commodities en los últimos veinte años. Este imaginario, asociado a la idea de que debemos exportar más para desarrollarnos, ha penetrado incluso en sectores progresistas, que son muy refractarios a pensar una transición ecosocial justa y sostenible.

En el tercer eje de esta exposición quisiera compartir en qué consiste el trabajo colectivo que venimos desarrollando. Lo haré en dos niveles. En primer lugar, desde una perspectiva latinoamericana, formamos parte del Pacto Ecosocial e Intercultural del Sur, creado en 2020 junto a colegas con quienes veníamos acompañando diversos procesos sociales. Esta plataforma articula conceptos-faro surgidos de los movimientos sociales —como el derecho a la naturaleza o los bienes comunes— y promueve una propuesta ecosocial integral, intercultural, es decir, una propuesta que no es solamente un pacto verde, sino que busca articular la justicia social con la justicia ambiental.

Desde el inicio, nos centramos en analizar críticamente la transición energética corporativa, impuesta desde el Norte hacia el Sur. No se trata de una postura meramente crítica o de buscar permanentemente una mancha al tigre, sino de advertir que dicha transición no es sostenible ni ambiental ni políticamente, y resulta perjudicial para el Sur global.

En este marco, lanzamos una campaña por una transición energética justa y popular, que llevamos a Europa. No tuvimos suerte en Estados Unidos —nadie nos recibió— y dudamos que el Partido Comunista Chino nos invite a debatir. Sin embargo, sí apoyamos procesos como el de Yasuní en Ecuador, que propone dejar el petróleo bajo tierra. Esta iniciativa surgió en 2007, pero fue rechazada por el gobierno de Rafael Correa. Esto muestra que, más allá de las diferencias ideológicas entre progresismos y neoliberalismos hay una continuidad, lo que se llama el consenso exportador.

Hace un año y medio, formamos también el equipo Transiciones en Argentina, al que ya hice referencia. Este equipo surgió tras una serie de encuentros con distintos colectivos de académicos y activistas que compartimos un diagnóstico común, sobre el carácter corporativo de la transición energética dominante. Decidimos entonces ir más allá del diagnóstico y comprometernos en la elaboración de propuestas, aun sabiendo que hoy vamos a contramano del escenario político argentino, marcado por un gobierno de extrema derecha, negacionista, que avanza sobre



los territorios con más extractivismo, deroga leyes protectoras y organismos públicos, niega la crisis climática y ha eliminado del vocabulario oficial la noción de crisis climática.

Sabemos, sin embargo, que estas discusiones serán centrales en el futuro cercano, y por eso es necesario elaborar propuestas de transición ecosocial, trabajada junto a organizaciones sociales de todo tipo: sindicatos, movimientos territoriales urbanos, pueblos originarios, colectivos ambientales, feminismos y partidos políticos. La idea es abrir el diálogo con todos los actores posibles en pensar una sociedad justa y sostenible.

El equipo Transiciones es federal: hay integrantes de Rosario, Bahía Blanca, Neuquén, y espero que pronto se sume gente de Salta. En el equipo hay médicos, especialistas en cambio climático y, cada vez más, economistas. Quiero destacar especialmente la incorporación de economistas, porque —y con esto me acerco al cierre— existe una gran dificultad de diálogo, no solo con sectores neoliberales o de extrema derecha, sino también con sectores progresistas para quienes la cuestión ambiental continúa siendo un punto ciego...

Durante los quince años del ciclo progresista en América Latina, el extractivismo avanzó sin mayores cuestionamientos. En este sentido, me gustaría compartir un libro reciente de tres economistas políticos: Francisco Cantamutto, Martín Schorr y Andrés Wainer, titulado *Por exportar más no alcanza. Aunque neoliberales y neodesarrollistas insistan con eso*.

Este libro critica no solo la visión neoliberal, sino también la progresista, que apuesta al aumento de exportaciones como vía para el crecimiento económico, aprovechando las supuestas ventajas comparativas. Los autores utilizan una metáfora muy gráfica: la del balde con rajaduras. No importa cuánta agua se agregue; si no se reparan las rajaduras, el agua se seguirá perdiendo. Ese es el problema de fondo: un modelo que insiste en exportar más, sin revisar los fallos estructurales del sistema.

Este diagnóstico también es relevante para pensar la economía argentina. El modelo extractivo-exportador, lejos de generar desarrollo, ha profundizado la dependencia, ha incrementado la deuda ecológica y ha multiplicado las zonas de sacrificio. Además, promueve una ilusión de crecimiento sin redistribución, ya que, como sabemos, el “derrame” nunca llega.

Vale recordar un dato elocuente: la minería y los hidrocarburos

representan no más del 2% del empleo formal privado en Argentina. Es un sector que no genera trabajo intensivo, aunque las promesas de empleo se repiten como mantra. Esto muestra no solo una falacia, sino también un obstáculo epistemológico: seguimos pensando el desarrollo con variables obsoletas, sin cuestionar de raíz el modelo económico vigente.

Por eso, como señala el libro mencionado, el problema no se resuelve simplemente exportando más. Esa lógica nos inserta en un círculo vicioso: necesitamos exportar para conseguir divisas con las que pagar una deuda externa que nunca se termina. Para ello avanzamos sobre los territorios, destruimos bienes comunes y generamos nuevas deudas —esta vez, ecológicas y sociales. Es una trampa perversa.

Y, además, no existe un actor real, una burguesía nacional que esté impulsando un proyecto de desarrollo integral. Lo que existe es una burguesía agraria que busca acumular y fugar capitales. En ese sentido, el verdadero adversario no son los movimientos sociales y ambientales, que buscan proteger nuestros bienes públicos naturales, sino ese bloque de poder que defiende un modelo regresivo y concentrador, y fuertemente excluyente y ecocida.

Sin embargo, muchos sectores del progresismo y del neodesarrollismo han demonizado a los movimientos socioambientales, en lugar de revisar críticamente el funcionamiento de la economía argentina. Una economía que no funciona bien, y que no mejorará por el solo hecho de exportar más, sino que necesita pensarse desde otro paradigma. La crítica que aquí se formula no proviene únicamente de sociólogos, ecólogos o filósofos, sino también —y con contundencia— desde la economía política.

Para cerrar, comparto algunos de los desafíos que estamos abordando desde el equipo Transiciones. Hemos elaborado los lineamientos de una transición ecosocial; Rubén Lo Vuolo ha trabajado en la propuesta de un Estado ecosocial basado en una reforma fiscal progresiva y un ingreso ciudadano universal; otros integrantes se centran en las políticas del cuidado; también estamos pensando nuevas formas de empleo, vinculadas tanto a la transición energética viable, entre las cuales el acceso a la energía, la democratización a la gestión de la energía resulta fundamental, cómo reconvertir el modelo energético en todos los niveles territoriales empezando por lo local.

Recordemos el caso reciente de Bahía Blanca: tres días antes de la gran inundación, el gobierno nacional desmanteló la Dirección Nacional de Emergencias, poniendo en disponibilidad a sus 485 empleados. Esta dirección intervenía en catástrofes con equipos interdisciplinarios que brindaban asistencia médica, sanitaria y social. También se han debilitado el Servicio Meteorológico y Defensa Civil, que actúa frente a los incendios.

Frente a esto, debemos fortalecer y potenciar acciones de intervención estatal y comunitaria, pensándolos desde una perspectiva holística. Necesitamos agendas públicas que protejan los bienes comunes, que promuevan la adaptación a la crisis climática y que construyan una transición ecológica integral.

Que hoy estemos ante un gobierno negacionista no nos exime, sino que nos obliga aún más a ejercer la imaginación política. Y esta debe ser una imaginación radical, porque es urgente y necesario transformar de manera estructural nuestras sociedades.

La sociedad puede haber cambiado, pero no hasta el punto de renunciar al futuro. Necesitamos construir un escenario justo, sostenible, y profundamente democrático. Ese es el desafío. Muchas gracias.